**FIESTA DE SAN SIMÓN Y SAN JUDAS**

**Catedral, 28 de octubre de 2016**

El calendario litúrgico romano celebra en el mismo día la fiesta de los apóstoles Simón y Judas. De San Simón sólo tenemos el dato de su sobrenombre “celote”, es decir, perteneciente a aquel grupo de judíos celosos de la fe que se enfrentaban, incluso violentamente, contra la dominación del Imperio romano. Jesús lo escogió como apóstol para estar con él y enviarlo a predicar. San Judas Tadeo o Judas el de Santiago como lo denomina San Lucas en el evangelio que acabamos de escuchar, intervine en la noche de la cena pascual para preguntarle a Jesús “¿Por qué te manifiestas a nosotros y no al mundo?” Y Jesús le respondió: “El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14, 22)

La respuesta del Señor hace referencia a los que guardan la Palabra, sólo ellos serán amados de Dios hasta tal punto que Dios mismo se unirá a ellos y será no sólo una parte de su existencia sino el centro de su vida. Esto es lo que sucede con los discípulos, especialmente con el discípulo amado, el discípulo modelo. En expresión de San Pablo el que guarda la palabra de Dios y la pone por obra puede decir que ya no es él sino que es Cristo quien vive en él.

Nuestra existencia cristiana se basa en el reconocimiento del amor de Dios como un padre bueno que cuida de nosotros porque él es nuestro escudo en el peligro y nuestro refugio en la adversidad. Sólo puede reconocer las maravillas de Dios quien por la fe cree en él. Por eso le dice Jesús a Judas que sólo los que guardan su palabra pueden ser amados de Dios y ser inhabitados por su presencia. Los demás, los del mundo, los que no reconocen a Dios por la fe se inhabilitan para ser amados por Él. Aunque la oferta de amor siempre está dispuesta por parte de Dios.

Los apóstoles amaron al Señor, creyeron en él, le siguieron y escucharon su palabra. A pesar de esta cercanía a Jesús no fueron capaces de resistir el momento del sacrificio. Lo abandonaron y huyeron unos y otros lo traicionaron o lo negaron. Así es la condición humana. Como le decía Jesús a Pedro, el espíritu es fuerte, pero la carne, débil.

Nosotros también experimentamos en nuestra vida la debilidad en el seguimiento de Cristo. Desearíamos corresponder siempre al amor con el que sabemos Dios nos ama; pero la debilidad de nuestra existencia, las tentaciones y nuestros pecados nos lo impiden. Por esta razón admiramos a aquellos cristianos que supieron afrontar el momento del dolor, de la vejación y del sacrificio con la serenidad con la que el Señor aceptó su Pasión y muerte.

En este día se cumple el ochenta aniversario de la muerte violenta de las tres enfermeras mártires de la Cruz Roja, Olga, Pilar y Octavia, cuyo proceso de beatificación está en curso. Tres jóvenes de esta ciudad de Astorga que, después de estudiar enfermaría, se comprometieron a ayudar, acompañar y curar a los soldados enfermos en el frente de la Guerra Civil para aliviarles sus dolores. La crueldad y la sinrazón del mal encarnado en sus verdugos les dieron muerte cuando sólo cometían el delito de hacer el bien a los demás y de rezar a Dios.

Sus cuerpos reposan en esta catedral desde el año 1938 y su testimonio cristiano ha sido motivo de admiración por muchos fieles astorganos. Hoy recordamos su muerte mirando a Cristo crucificando y en Cristo doloroso a estas tres cristianas que culminaron su vida de fe con el testimonio de su muerte en el Señor. Pedimos a Dios que pronto la Iglesia reconozca el testimonio martirial de estas tres jóvenes enfermeras.

Al escuchar el testimonio de su muerte, narrado por un testigo ocular, nos preguntamos ¿Cómo tuvieron fuerzas estas tres jóvenes para resistir tanta atrocidad? Sólo tiene una explicación: su íntima unión con Cristo a quien querían imitar en todo. Él fue quien les dio la fortaleza y el valor suficiente para perseverar en la fe hasta el final. Confiemos siempre en Dios. Busquemos la comunión con Él porque sólo Él nos puede consolar en la tribulación y sanar en la enfermedad. Confiemos en que se cumplen siempre las palabras de San Pablo: “Si morimos con Cristo, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él” Pero cuidémonos muchos de no negarlo ni abandonarlo porque entonces Él, que quiere siempre ayudarnos, no podrá hacerlo porque lo impedirá nuestra soberbia.

Pedimos al Señor que la sangre de los cristianos derramada en su nombre sea garantía de paz, de concordia y de reconciliación entre las personas y entre los pueblos. El buen cristiano sabe muy bien que ni la venganza ni el odio le están permitidos, sólo el amor y el perdón.

La Eucaristía que celebramos nos una al coro de los ángeles, de los santos apóstoles y mártires y de todos los santos que alaban a Dios por toda eternidad en la liturgia celestial.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga